

de De Lubac, cuya síntesis contiene la *Pequeña catequesis*. Su planteamiento, que se escapa de la oposición fácil entre el «progresismo» y el «conservadurismo» teológico, puede servir como buena base para la

solución de los problemas siempre actuales como la relación entre la fe y la razón o entre la Iglesia y el estado.

Andrzej PERSIDOK

Pierangelo SEQUERI, *Contra los ídolos posmodernos*, Barcelona: Herder, 2014, 92 pp., 14 x 21,5, ISBN 978-84-254-3370-2.

Mediante un ensayo que describe, con continuas metáforas, algunos efectos de la posmodernidad en la conducta de las personas de hoy, Pierangelo Sequeri, profesor titular de Teología Fundamental de la Facoltà Teologica dell'Italia Settentrionale, nos ofrece algunas propuestas para superar esa débil concepción del ser humano.

Sin pretensión de brindar un escrito sistemático, el autor explica cómo algunos puntos negativos de la cultura contemporánea (como la sociedad de consumo y la cultura del espectáculo) han llevado a la sociedad a construirse unos «ídolos» posmodernos («un ídolo siempre es una cosa mental»), que, en el fondo, son un narcisismo, pura autorreferencialidad. Éstos son: la fijación de conservar la juventud, la obsesión del crecimiento económico y el dinero fácil, el totalitarismo de la comunicación y la irreligión de la secularización (p. 11). Y, junto a la descripción de esta problemática, el profesor Sequeri busca dar una respuesta cristiana a cada uno de esos «ídolos».

El primer ídolo, «Juventud», es el de la adolescencia interminable (el «*puer aeternus*»), es decir, la juventud entendida no ya como una cuestión de edad sino como una categoría del espíritu que ha conllevado el aumento de personas mayores que quieren seguir en la etapa de la juventud. Esta prolongación de la juventud implica encerrarse en uno mismo y eso conlleva, tanto el rechazo de la responsabilidad de formar

una familia, como la complicidad en el placer. Como respuesta, el profesor Sequeri propone «devolver el atractivo específico y dignidad moral a la ambición de ser adultos», de modo que se lleve a término la adolescencia, y así reconocer que «estamos a la altura de atender a los demás» (p. 25).

El segundo, «Crecimiento», es el eros de la acumulación. Se trata de la avidez autorreferida del poder y del goce que se ha instalado en la esfera pública, de modo que se considera ya como una exigencia propia de la naturaleza humana. Y esto se ha reflejado en el derecho y en la política que se han puesto al servicio de la economía, pasando de un Estado de Derecho a un Estado «asistencial» (p. 37); e incluso el humanismo ha caído en las garras del ídolo del crecimiento económico (p. 42). Sequeri propone dos vías para superar este problema: a) emancipar la política humanística de su reducción a una función de la soberanía económica y, b) que la política recupere el discurso sobre los afectos, que es la base del humanismo ético, necesario para el vínculo social (pp. 43-50).

El tercero, «Comunicación», consiste en que los «mass media» han dejado de ser «instrumentos» para facilitar la comunicación, y se han convertido en un fin, hasta el grado de ponerse por encima de los contenidos (p. 53). Las nuevas tecnologías han cambiado la comunicación que, por su inmediatez, han desplazado incluso al ser: «si

no eres comunicación, prácticamente no eres nada» (p. 54). Además, la inmediatez inhibe la formación de formas de saber que sólo se adquieren mediante la reflexión reposada (p. 59). La respuesta del autor es sencilla pero profunda: devolver a los medios de comunicación su categoría de medios, junto con el ejercicio de algunas virtudes que la inmediatez actual ha dejado de lado, como la belleza y la riqueza de la lengua materna, o la revalorización del silencio, del pudor y de la «discreción, como demostración del límite que no se puede traspasar» (pp. 61-68).

El último ídolo es la «Secularización» como proyecto de superación de la razón. Pierangelo Sequeri explica que el icono de la posmodernidad ya no es Prometeo (como pretendía Marx), ni Dionisio (como pretendía Nietzsche), sino Narciso, el «*nómos* erótico» de la libertad (p. 72), entregado totalmente a la búsqueda de sí mismo. Este narcisismo pasa «del afecto hacia la *anafectividad*, la estética hacia la anestesia»;

«no trabaja, no se arriesga, no piensa: es hombre/mujer de imagen, no de palabra» (p. 76). La propuesta del profesor Sequeri es profundamente teológica, una vuelta a Jesucristo, traducido en «la necesidad de custodiar con respeto el misterio de fe y de esperanza que la religión llama “Dios”», y, desde ahí, rescatar al humanismo de vínculo social (p. 81).

Este ensayo representa una apuesta por el humanismo cristiano, un rescate de la antropología que ha sido degradada en la sociedad posmoderna, un enfrentamiento intelectual al narcisismo en el que han caído esos cuatro aspectos que caracterizan nuestra cultura y que por eso se han convertido en ídolos, en meras representaciones intelectuales. Seguramente, este texto será disfrutado y apreciado particularmente por un público que tenga una amplia cultura, tanto en temas sociales y políticos como en conocimientos teológicos.

Luis-Fernando VALDÉS

Gonzalo TEJERINA ARIAS, *La gracia y la comunión. Ensayo de eclesiología fundamental*, Salamanca: Secretariado Trinitario («Ágape», 50), 2015, 630 pp., 14 x 22, ISBN 978-84-96488-69-4.

El nuevo libro del prof. Gonzalo Tejerina, de la Pontificia Universidad de Salamanca, está dedicado a la reflexión teológico-fundamental sobre la Iglesia. Sin duda, es un reflejo de varios años de docencia en eclesiología y de sus publicaciones que ahora reciben un formato sistemático. La idea principal del libro coincide con la reciente llamada del papa Francisco a rechazar la «autorreferencialidad» de la Iglesia para recuperar su dinamismo de ser realidad mediadora. Éste es el intento del autor: mostrar la credibilidad de la Iglesia como mediadora de la gracia de Cristo. Su credi-

bilidad se apoya en lo que la Iglesia es en sí misma y en la fidelidad a esa realidad esencial consiste su más poderosa renovación.

El libro consta de cuatro partes. En la primera se retoma la cuestión de la reformabilidad de la Iglesia tratándola como un cierto transcendental que afecta a toda ella en su dimensión teológica. La Iglesia no viene de sí misma, sino de la Trinidad y allí encuentra su identidad. Debe siempre ajustarse al Reino de Dios que sirve de «norma» y «criterio». Siendo Iglesia de los pecadores, viviendo a veces «la baja calidad de la comunión», experimenta una mezcla